

EL RENACIMIENTO

Y LOS ESTUDIOS DE HUMANIDADES EN ITALIA Y ALEMANIA

POR L. GEIGER

doctor y catedrático de la universidad de Berlín

LIBRO SEGUNDO

ALEMANIA

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION.—LOS PRECURSORES

En el año 1482, en la clase de Juan Argiropoulos, uno de los sabios que mas trabajaron para divulgar el estudio de la lengua y literatura griega en Italia, se presentó un joven aleman llamado Juan Reuchlin. Sin desconcertarse en presencia del brillante é ilustre auditorio, compuesto en su mayor parte de personas de elevada categoría deseosas de aprender, expresó en lenguaje correcto su deseo de oír las lecciones del célebre maestro, y preguntado por este lo que sabia, dijo que sabia algo del idioma griego, y acto continuo leyó y tradujo un pasaje de Tucídides que Argiropoulos le habia señalado para examinarle. Concluido que hubo á satisfaccion y con gran sorpresa del maestro y de sus discípulos, que habian creído reirse á costa del extranjero, exclamó Argiropoulos conmovido y suspirando: «¡Qué desgracia! ¡Con nuestro destierro ha traspasado la Grecia los Alpes!»

Cuarenta años antes no podia haberse dicho esto, porque entonces Eneas Silvio calificaba á la Alemania y á los alemanes de otra manera, diciendo de sus príncipes: «Ya que prefieren á los poetas, caballos y perros, morirán tambien como estos, sin gloria.» En efecto, este primer apóstol del humanismo en Alemania, como merece ser llamado, no habia observado en los alemanes nobles mas que brutalidad y excesos bestiales; en sus cartas no se cansaba de lamentarse de las borracheras de los alemanes, y con una sonrisa de desprecio mencionaba las teorías estériles y puramente teológicas de los considerados como doctos.

Estas opiniones de Eneas Silvio, tan opuestas á la exclamacion de Argiropoulos, no eran inspiradas por el disgusto de verse Eneas Silvio lejos de su patria, su país y entre gente extraña, ni por un odio ó prevencion rutinaria contra los alemanes, sino que eran la expresion sincera é ingénua de la impresion muy exacta que hicieron sobre el inteligente é ilustrado italiano las personas y cosas de Alemania.

Pero en el período de cuarenta años desde que Eneas Silvio estuvo en Alemania, se habia realizado un cambio notable respecto del cultivo intelectual en este país, gracias á la Italia, á cuyas célebres aulas habian empezado á ir cada año mas jóvenes alemanes, deseosos de aprender é ilustrarse y de llevar á su patria los ricos tesoros del saber italiano y el movimiento intelectual moderno. Despues este movimiento tomó,

como no podia menos de tomar en Alemania, otro carácter y otra direccion, muy distintos de los que tuvo en el país de donde habia salido. En Italia fué una corriente que, creciendo sin cesar, arrastró consigo hasta los elementos mas inertes y contrarios, y al cabo de cerca dos siglos, no encontrando ya resistencia, perdió su impetuosidad irresistible y corrió ya vencedora y apacible por el cauce que se habia abierto. En cambio, en Alemania, el nuevo movimiento, debilísimo en su primera época, al poco tiempo, en menos de medio siglo, experimentó una detencion debida á dos fuerzas contrarias pero igualmente poderosas, que le obligaron á tomar otra direccion en la cual no tardó en arrastrar todas las inteligencias del país. En Italia las invasiones extranjeras y la reaccion eclesiástica prepararon la decadencia del Renacimiento en su propósito primitivo, el cultivo de las artes y letras; en Alemania los obstáculos trasformaron este movimiento puramente humanista en reformador religioso, porque solo por este lado fué posible despertar la inteligencia alemana de su soñolencia inerte. La ilustracion por sí sola no interesaba á los alemanes, y en aquel tiempo el nuevo movimiento literario no significaba para ellos mas que una modificacion de los estudios de la gente docta, mientras que para la Italia era una reforma completa de la vida intelectual y práctica. En Italia toda la nacion, eclesiásticos y seglares, altos y bajos, deseaban esta reforma, y los mismos papas habian sido los primeros en apoyar y auxiliar los estudios de humanidades y en proteger á sus cultivadores. En Alemania, apenas introducidos los nuevos estudios, surgieron dos partidos, los avanzados y los retrógrados, especialmente en aquellos puntos en que pugnaban la ciencia y la fe. El clero se presentó hostil, y su hostilidad fué probablemente exagerada por los partidarios de las humanidades, y esto que en Alemania no tenian estos ni la mas leve sombra de irreligiosidad ni de frivolidad, mientras que en Italia habia sucedido lo contrario. El carácter religioso y grave del nuevo movimiento literario, á pesar de ser tambien el del pueblo aleman, no pudo crear una literatura popular nueva. En Italia todos los humanistas, los unos por impulso propio, los otros arrastrados por la corriente, desde Dante hasta el fin de la época del Renacimiento, se sirvieron del idioma nacional moderno simultáneamente con el latin antiguo, tanto que ambas literaturas llegaron tambien simultáneamente á su mayor altura; pero muy lejos de suceder así en Alemania, muchos humanistas manifestaron su repugnancia, no exenta

de envidia, siempre que vieron brotar con fuerza juvenil algun nuevo retoño en la literatura popular; mientras otros, no por ser mas amantes de su patria, porque en ambas clases habia sentimientos patrióticos, querian dar al idioma patrio igual derecho que al latin para generalizar la cultura, porque veian claramente que la civilizacion para ser útil no debia circunscribirse á un número limitadísimo de individuos doctos. A unos y otros faltó el apoyo sólido de los príncipes, que tan ópimos frutos habia producido en Italia, y los humanistas alemanes, aunque celebraban en frases altisonantes las ventajas de Alemania y negaban á la Italia toda superioridad, tuvieron que contentarse, en lugar de la proteccion y apoyo inteligente de sus príncipes, con alguna vaga y fria expresion del superior agrado del soberano, si es que se dignaba rebajarse á tanto. Esto mismo hacian los humanistas con su idioma patrio, al cual despreciaban á pesar de ser ellos hijos del mismo pueblo.

No obstante ser el nuevo movimiento literario una importacion de Italia, erraria el que negase á las letras humanas de la Alemania de aquel tiempo todas las condiciones de independencia; porque antes de ocurrir el contacto con el Renacimiento italiano, hubo ya algun movimiento literario propiamente aleman. A este movimiento pertenece tambien la invencion de la imprenta, que ahorra muchísimo trabajo personal y da á los escritores la posibilidad de comunicar á sus contemporáneos, con una rapidez jamás soñada siquiera, sus ideas y estudios.

No es este el lugar de hacer la historia del arte de imprimir, pero conviene hacer constar el hecho de que esta invencion se propagó por todo el mundo en cortísimo espacio de tiempo. Los artistas impresores se diseminaron desde Alemania, y principalmente desde Maguncia y Estrasburgo, por todos los países, con tanta celeridad y tan buen éxito que antes de concluir el siglo xv habian introducido su arte en Italia, Francia, Inglaterra, España y Portugal, ya por especulacion propia, ya solicitados por los príncipes reinantes. Esta invencion, que necesitaba trabajo, despertó en los alemanes la aficion á cultivar y educar las facultades intelectuales, porque los impresores, para no estar mano sobre mano, no se contentaron con reproducir y multiplicar obras clásicas de la antigüedad, sino que imprimieron y publicaron desde los primeros años libros populares, Biblias y escritos teológicos, que, impresos por tiradas de 1,000 ejemplares, resultaron infinitamente mas baratos y mas legibles que las copias manuscritas, é invitaban por esto y por su gran número, primero á la lectura y luego al estudio. El clero y los seglares sin excepcion se deshacian en elogios, y los hombres de ciencia escribieron, como Jacobo Wimpheling, tratados sobre el nuevo arte y calcularon llenos de entusiasmo todas las consecuencias que habia de producir en la moral y en la instruccion. Otros, como el fraile benedictino Bernardo Witte, lo celebraron como un arte divino, el mas útil y el mas laudable de todos. Este entusiasmo no fué engendrado por el presentimiento ni por la conciencia del inmenso cambio que se iba efectuando á la vista de todos, sino por la esperanza de que esta invencion elevaria la Alemania al nivel y aun mas allá de las naciones mas poderosas. De todos modos, esta invencion de la imprenta sacó á los alemanes de la barbarie. Un italiano dió noticia del suceso empezando con estas palabras: «Recientemente han descubierto los bárbaros un arte nuevo, etc.», y al dar esta noticia, en su escrito titulado: *Avisamentum salubre quantum ad exercitium artis impresoriae litterarum*, discute el bien y el mal que el nuevo arte podia causar, opinando que los tesoros intelectuales debian reservarse para una pequeña minoría privilegiada y calculando el daño que podria producir la Biblia si se facilitase su adquisi-

sicion á la gente lega instruida, y aun mas si se tradujese y se hiciese accesible al pueblo bajo. Estas voces, sin embargo, no produjeron entonces ningun efecto, porque otros hombres sinceramente piadosos, como el ya citado Wimpheling, expusieron las ventajas que la Iglesia podia sacar de la invencion. Wimpheling exclama en su tratado sobre la imprenta: «No hay ningun don de Dios ni invencion de que podamos enorgullecernos, nosotros los alemanes, como la de la imprenta, que nos ha hecho los apóstoles de la doctrina cristiana, de todas las ciencias divinas y mundanas, y por lo mismo, los bienhechores de toda la humanidad.»

Enrique Bebel y Beato Rhenano, aquel en una poesía y este en una obra histórica, probaron que los alemanes eran los verdaderos inventores de la imprenta y deshicieron la especie, esparcida por algunos italianos, de que este arte habia sido inventado mucho tiempo antes por compatriotas suyos y los alemanes no habian hecho mas que perfeccionarlo.

En 1431 el papa Eugenio IV autorizó una sociedad religiosa de propaganda formada por Gerardo Groot, que vivió desde 1340 hasta 1384, y cuyos miembros se llamaban «hermanos de la vida comun.» El fundador habia sido hombre de sociedad hasta que un amigo le dijo: «¿Por qué vas detrás de exterioridades? Debes hacerte otro hombre.» Desde entonces ocupó solo en cultivar su inteligencia y su corazon, y en predicar lo mismo á los demás, obteniendo con sus sermones y su ejemplo mucho éxito. No tomó, sin embargo, las sagradas órdenes, contestando siempre á cuantos querian que se ordenara de sacerdote: «Ni por todo el oro de Arabia quisiera yo encargarme una sola noche de la cura de almas.»

Esta hermandad desplegó su actividad principal en Alemania, ocupándose en la educacion de la juventud y en copiar febrilmente obras cristianas y paganas de la antigüedad, para uso propio y para la venta, á fin de fomentar el estudio en general. La educacion que daban era cristiana y tenia ante todo el objeto de «formar y levantar columnas espirituales en el templo del Señor.» Pero sin descuidar el estudio de las obras cristianas, consideraba como base sólida de la instruccion el de los autores latinos, incluso los poetas, y como fundamento de la educacion popular en Alemania la lengua alemana. Estos hombres llamaban al arte de la imprenta, «Maestra de todas las artes en bien de la Iglesia,» y á los que se ocupaban en imprimir: «Sacerdotes que predicaban no con la boca sino con las letras.»

El celo de esta hermandad se extendió desde la Holanda hasta el centro de Alemania y aun tenia representantes mas allá, y tan fructífero fué que la primera generacion humanista en Alemania estaba formada casi en totalidad de discípulos de los «hermanos de la vida comun.» Se dice tambien que habian conseguido que en la pequeña poblacion de Ammersdorf supieran latin hasta los artesanos; las muchachas cantaban canciones latinas y en las calles se oia en todas partes hablar un latin muy elegante.

Estos piadosos varones, dedicados á la enseñanza y á la propagacion de los libros, y que poco ó ningun impulso recibieron de Italia, no fueron los únicos apóstoles precursores de la nueva era intelectual. Otros que habian recibido su instruccion única y directamente en Italia, contribuyeron tambien á divulgar en Alemania los nuevos estudios.

El mas notable de estos últimos fué Pedro Luder, que nació por el año 1415 en Kislau, en el gran ducado de Baden, y desapareció de la escena en 1474, sin que se haya sabido nada de él desde entonces. Sacerdote muy joven, fué á Roma, corrió mundo y establecióse despues en Padua. Algunos jóvenes alemanes, nobles del Palatinado, paisanos suyos, le

recomendaron á su soberano, el cual, despues de escuchar un discurso del jóven humanista, le dió en la universidad de Heidelberg una cátedra de latin y de autores clásicos antiguos, en 1444. Difícil era allí la posición de Luder, que se vió el blanco del odio de sus viejos colegas por ser el novicio y además introductor de un nuevo espíritu literario. Exigieron, temiendo innovaciones, que presentase antes de pronunciarlo el borrador de su discurso de presentación, y le prohibieron el uso de la biblioteca. No venció Luder todos los obstáculos que sus rancios colegas le crearon, pero abrió su cátedra, y á la manera que habia aprendido en Italia enseñó el latin, explicó los autores antiguos y los defendió de la acusación de inmoralidad, hasta que la peste de 1460 le obligó á abandonar aquella ciudad. Enseñó sucesivamente en Ulm, Erfurt y Leipzig, en cuyo último punto le hicieron quedarse unos cuantos jóvenes, deseosos hacia mucho tiempo de encontrar un profesor humanista moderno; pero atacado allí por otro humanista italiano, que le acusó de no saber bien el latin, y avergonzado además de su discurso de defensa, que fué realmente débil y torpe, se volvió á Padua, en el año 1462, para estudiar medicina. En la universidad de Basilea, que por entonces se creó, obtuvo una colocación como profesor de esta ciencia, y por último se sabe que en 1474 tuvo un cargo académico en Viena.

Luder era persona de buen humor, bebedor como buen alemán, devoto de Venus mas de lo regular, constantemente en penuria y sin energía moral. En materia de religion no era rigorista; en Heidelberg tuvo un conflicto, probablemente sin culpa de su parte, con el cura párroco; y en Basilea, cuando supo que los teólogos querian denunciarlo por hereje porque dudaba de la Trinidad, dijo que antes de dejarse quemar creeria, si así lo pidieran, hasta en la divinidad cuádruple. Era también superficial su saber, como se ve en sus cartas y poesías. Unas y otras nos presentan al autor como persona amable y simpática, de trato y maneras agradables, pero nunca como sabio independiente ni como trabajador concienzudo. Por esto no dejó Luder ninguna huella de su actividad ni en los mismos puntos donde enseñó mas, y donde, posteriormente, el humanismo produjo tan brillantes frutos. Sin embargo, á Luder corresponde el honor de haber introducido en Alemania los estudios humanistas, para lo cual la naturaleza le habia dotado magníficamente.

En la misma época y en el mismo espíritu que Luder, enseñó humanidades en diferentes ciudades de Alemania, y por último, en 1509, en Heidelberg, Samuel Karoch, de Lichtenberg, hombre dado á la bebida, vagabundo y errante la mayor parte de su vida, pero orgulloso de su saber, adquirido en Italia, y que solo á él parecia notable y vasto. Todo cuanto se ha conservado de sus obras en manuscritos, pues que nada se imprimió, son fragmentos de discursos ampulosos, programas universitarios retumbantes, canciones amorosas, un poema que celebra las bellezas del verano y recomienda el estudio de las humanidades, cuentos y poesías en su mayor parte muy libres; trabajos todos que muestran la mejor voluntad en su autor pero también su escásimo talento. Era este Karoch, un cantor humanista de taberna, como alguien ha dicho, y «un hombre que pensaba solo necedades, vulgarizaba y propagaba barbarismos y enseñaba á hacer pésimos versos.» Muchos, sin embargo, á quienes él habia enseñado y que despues se elevaron á mas altura que el maestro, olvidaron en su orgullo lo que le debían é hicieron ludibrio del pobre apóstol del humanismo y de una nueva era intelectual.

Fuera de estos dos profesores ambulantes, Luder y Karoch, roturadores robustos, arrojados é impávidos, bien que no muy puros, hubo otros mas protegidos por la fortuna,

genios calmosos y cómodos, que trabajaron con tranquila constancia en el mismo sentido. Uno de estos fué Segismundo Gossembrot, patricio de la ciudad de Augsburgo, el cual siendo hombre ilustrado y estando convencido de la importancia y superioridad de los estudios modernos procedentes de Italia, quiso contribuir á su aceptación y generalización en su país, á cuyo fin entró, en 1452, en una controversia con Conrado Saldner, profesor de Viena. El patricio augsburgués era partidario exclusivo de la lengua latina, cuyas bellezas le seducian, y el profesor de Viena, admitiendo la veneración á los clásicos latinos, no queria saber nada de los poetas latinos modernos, como Valla, Poggio, Aretino y otros. Saldner sostenia la enseñanza y las ideas antiguas, y Gossembrot defendia el progreso y el derecho de la literatura moderna á vivir y crecer. En el fondo esta controversia no venia á ser mas que una nueva edición de la lucha que Petrarca sostuvo con sus contrarios. Ambos contendientes tenían la convicción de sus opiniones, pero Gossembrot tenia en su favor la ley inflexible del progreso.

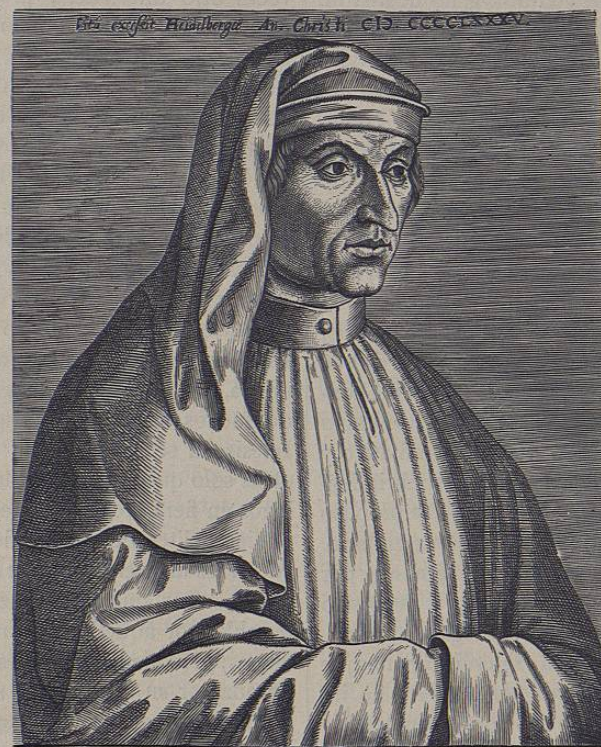
Sin embargo, poco habria adelantado la nueva era en Alemania si no hubiese encontrado mas apóstoles que algunos literatos errantes y aventureros, y este ó aquel patricio que habia estudiado en Italia. Por otra parte, repugna á los pueblos toda innovación que procede directamente del extranjero; pero si es vulgarizada por individuos patriotas y populares con la apariencia de originalidad, suele ser admitida pronto y sin dificultad. Esto sucedió, y sucede mas que en otros países, en Alemania, donde los instrumentos populares fueron, para el humanismo de Italia, principalmente tres: Félix Hemmerlin, Gregorio de Heimburg y Nicolás de Cusa.

Félix Hemmerlin nació en Zurich por el año 1398 y murió en 1460. Habia estudiado en Italia, y de vuelta á su ciudad natal, que entonces formaba parte del imperio alemán, dedicóse activamente á propagar las ideas que los estudios modernos habian despertado en su ánimo. En una colección de cuentos alegres, escritos en alemán y latin con el título de: *Favicias*, por Agustín Tünger, en el siglo XVI, se encuentra la siguiente anécdota sobre Hemmerlin. Este habia ofendido gravemente á un ciudadano, el cual le demandó ante el juez, que condenó á Hemmerlin á retractarse públicamente á la puerta de una iglesia. Hemmerlin cumplió la sentencia, pero pasando cabalmente por allí el sacristán, que era cojo, añadió á su retractación: «Sería inútil que yo me empeñara en sostener que nuestro sacristán no es cojo, cuando todos vosotros veis por vuestros propios ojos que cojea.» Esta anécdota pinta el carácter de Hemmerlin y hace adivinar las vicisitudes que hubo de pasar. Era un carácter pendenciero, tenaz en los conceptos que formaba, y una vez excitado en favor ó en contra de alguna cosa, no miraba ni instituciones, ni personas, ni categorías por elevadas y poderosas que fuesen, y perdiendo la partida, sufría también inflexible é impávido los castigos y consecuencias que le alcanzaban. Este hombre habia dado en irritarse contra la corrupción del clero, contra los defectos y males del papado en general, y en especial contra la hipocresía de los frailes y monjas mendicantes de Zurich, que bajo el pretexto de vivir retirados del mundo y dedicarse á Dios, llevaban una vida regalada y crapulosa. No era Hemmerlin un reformador, sino simplemente un apasionado, que queria hacer triunfar su opinión en todo, en política lo mismo que en religion. Defendia todas las supersticiones antiguas; apariciones de espíritus, amuletos, evocaciones del demonio, conjuros de tempestad, y además las practicaba. Consecuente con estas ideas, era partidario declarado del poder y del culto de reliquias, y de encantamientos y desencantamientos de tesoros, en cuya última operación creia permitidos, si era menester, hasta el

hurto y el robo. En política defendia la autoridad imperial y combatia al pueblo bajo suizo, llamándole conjunto de labriegos rudos, en su obra voluminosa sobre la nobleza, en la cual elogia á los nobles y ve en ellos autoridades instituidas por Dios para gobernar á la plebe rústica y castigar sus demasías. Una prueba de la superioridad de los nobles encuentra en dos hechos, por supuesto segun él indudables: primero, que entre los apóstoles hubo tres nobles, y segundo, que Cristo habia obrado sus milagros casi siempre en individuos de la nobleza.

Este hombre, á pesar de lo limitado de sus conocimientos,

fué graduado de doctor en Bolonia, y no hay que decir cuán orgulloso estaria de este título, aunque sus escritos no tienen nada de clásicos. Sin embargo, fué un apóstol precursor del humanismo en Alemania, porque tenaz en todas las ideas que una vez habia admitido, no creia que hubiese mas salvación para la moralidad de los pueblos que la resurrección del mundo antiguo. Podrá parecer insignificante en su citado diálogo sobre la nobleza el discurso que dirige á un noble indignado de haber sido tuteado por un rústico, á fin de convencerle de que el *tú* es el tratamiento mas racional, porque de *tú* trata el papa al emperador, Dios á Moisés y vice-



RODOLPHVS AGRICOLA GROENINGVVS.

*Si tibi maturis tantum licuisset ab amnis,
Quod medium staturis perficere Agricola;
Auctores alij poterant tacuisse disertij:
32. Quidquid enim ratio postulat, ipse dabas.*

Rodulfo Agricola. Copia de un grabado en cobre, coetáneo

versa; pero en realidad encierra un presentimiento de la igualdad del hombre á pesar de las diferencias exteriores, sentimiento natural que habia desaparecido al desaparecer la costumbre primitiva de tratarse siempre de tú.

Hemmerlin no fué el único hombre que se dolia entonces de la corrupción de la corte y curia romanas; otro adalid en este campo fué Gregorio de Heimburg, que vivió desde 1410 hasta 1472, hombre mas impetuoso, de acción mas vasta que el anterior, pero finalmente indeciso, porque el consecuente Hemmerlin murió en el calabozo sin doblegarse, y Heimburg, cuya vida entera habia sido una no interrumpida lucha contra los decretos condenatorios del papa, se inclinó en el último período de su vida ante la autoridad eclesiástica. Antes, poseído de entusiasmo, habia excitado á los alemanes á asociarse á la guerra contra los turcos, y despues combatió el mismo proyecto formulado por otros; antes habia defendido la neutralidad de los príncipes electores en la contienda entre el emperador y el papa, y despues recomendó lo contrario. En el período de su mayor vigor, estuvo siempre del lado de los enemigos de la curia, de los defen-

sos de los derechos de los príncipes contra las extralimitaciones del papa y de sus subordinados, y de la independencia de los alemanes en frente de las tendencias de los extranjeros á mezclarse en sus asuntos.

En estas diversas luchas, por un capricho del destino habíase encontrado diferentes veces frente á frente de Eneas Silvio, y quizás fué este contrario poderoso quien excitó mas el ardor de Gregorio de Heimburg, que fué honrado por él con el título de *maestro de la elocuencia alemana*. Heimburg criticó el humanismo por lo que tenia de estrecho y exclusivo, y puso todo su empeño en probar que las exterioridades, la elocuencia y pulidez no constituían el objeto verdadero de los estudios nuevos, diciendo: «Daremos prueba de espíritus superiores si, en lugar de aprender el estilo de tal ó cual autor, conservamos despues de haberlos estudiado á todos, nuestro genio propio. No consiste el sumo bien en acopiar como las abejas materiales dispersos, sino en aprender á hablar de nuestra propia cosecha, como aquellos gusanos que sacan la seda de sus propias entrañas.» Esta idea ha valido á Heimburg muchos aplausos de sus compatriotas hasta hoy